

El acueducto del agua Marcia sobre la via Tiburtina (608), y el templo de Hércules *Custos*, que lleva el nombre de Sylva y la fecha de 674, son otros dos monumentos de gran interes colocados en el camino de la investigacion artistica que puede hacerse en Roma: del primero se descubren aún restos á la izquierda de la puerta mayor, no léjos de los antiguos canales de las aguas *Julia* y *Tépula*; del templo se han salvado cuatro columnas de *tufo*, acanaladas, sobre bases áticas de travertino; su direccion demuestra que el templo fué de forma redonda: el convento de los padres Somaschos, anejo á la iglesia de San Nicolas de los Cesarini, guarda ese precioso vestigio de la arquitectura romana en la época bien avanzada ya de la república.

El puente de Fabricio, despues y ahora llamado Quattrocapì, por los Janos que adornaban su balaustrada, y de los judíos por su intermediacion al barrio en que habitan, puente célebre ya en tiempo de Horacio, como lugar predilecto de los desesperados para arrojarse en el Tíber, corresponde al año 692 de Roma, y á excepcion de los parapetos, que han sido compuestos ó renovados, hállase hoy como era hace cerca de veinte siglos: compónese de dos hermosos arcos, en parte de travertino y en parte de peperino, en medio de los cuales hay otro menor, adornado de pilastras de órden dórico. Por este monumento, que es, sin duda, de los mejor conservados del tiempo de la república, como por los restos del sepulcro de Bibulo que se ven todavía enfrente de la calle de Marforio, cerca del Foro romano, se comprende el progreso de la arquitectura, despojada ya de la rudeza y simplicidad de los primeros tiempos, imitadora y aún ampliadora de los tres órdenes conocidos en Grecia: como el templo de Matuta en el Foro olitario, el sepulcro del edil Bibulo, que le fué erigido por la gratitud del pueblo á fines del siglo VII de Roma, pertenece al órden dórico, con algo del órden compuesto, que empieza ya á aparecer bastantes años ántes del imperio.

Pero donde se hacen patentes los progresos y el engrandecimiento de la arquitectura es en el teatro, pórtico y curia de Pompeyo (hoy palacio Pío y sus cercanías): las grandes pro-

porciones del primero, que daba cabida á más de 25.000 espectadores; las cien columnas del segundo; la magnífica sala construida para el Senado, célebre curia en que César ha de perecer bajo el puñal de Marco y Bruto y sus cómplices, al pié de la estatua de Pompeyo, y sobre todo, y dominándolo todo, el templo de Vénus vencedora, constituyeron, sin duda, el mayor y más insigne monumento de piedra de los varios con que la república, en los dias de sus cónsules y por el camino de las dictaduras, se preparaba á recibir á los emperadores.

A este mismo período, que podríamos llamar inmediato á la transicion, corresponden el sepulcro de Cecilia Metella en la via Appia, imponente por su forma circular, que dos siglos más tarde servirá de modelo para el mausoleo de Adriano, notable así por la solidez de sus muros de treinta y cinco piés de espesor, y por la disposicion alternada de los cubos, de que ya habia ofrecido ejemplo el Tabulario, obra del cónsul Catulo el año 676, como por ser la primera fábrica romana de fecha cierta en que aparece usado el mármol; y por último, los famosos jardines de Salustio. Se extendieron los *horti Salustiani* en el ameno valle que separaba el Quirinal y el Pincio, comprendiendo una parte de esta última colina. El propretor de Julio César en la Numidia dió el primer ejemplo de la ostentacion y de la grandeza, que los vireyes y gobernadores de remotas tierras habian de desplegar despues á su vuelta en las metrópolis respectivas. Un libro ha servido para hacer imperecedera la fama de Cayo Salustio Crispo; unos jardines, cuyos tesoros de arte y cuyas delicias tal vez ha exagerado despues la maledicencia, han servido para proyectar una sombra perpétua de su moralidad sobre el nombre del servidor de la república. ¡Qué diferencia de suerte y de destino entre el destino y la suerte del libro, que da la honra, y el destino y la suerte de los jardines, que la quitan! El libro vive y corre entre el aplauso y la admiracion del pueblo entero; los jardines y la *villa* y las fuentes y las estatuas, todo ha desaparecido; todo es hoy un monton de escombros, un puñado de ceniza, polvo y nada.

Si se exceptuan, pues, estos últimos monumentos, que están ya anunciando un cambio radical en la manera de ser

de la sociedad romana, todos los que sólo se refieren á la época de la república presentan los materiales con que brindaba la localidad: en Roma, la tierra arenosa ó volcánica, el *tufa*, que precedió por largo espacio á la obra latericia y á los revestimientos de mármol. A la explotacion y fácil empleo de aquella tierra servian admirablemente los millares y millares de esclavos, que á tan ruda tarea eran destinados en el recinto exterior de la ciudad: los inmensos huecos ó subterráneos, que la extraccion en grande de tantos materiales habian de producir por necesidad, quizá serán muy en breve estancias añadidas á las Catacumbas para refugio de inocentes y atribulados. Para fundar la Roma de los poderosos y de los perseguidores, se abren primero en las entrañas de la tierra los alcázares de los humildes y de los perseguidos. ¡Y siempre el mismo providencial destino! Los monumentos de la república y del imperio perecerán, y las Catacumbas serán veneradas por las generaciones.

El vencedor de Farsalia, que mañana lo será de Munda, cónsul por cinco años, dictador por uno, tribuno vitalicio, llega á resumir en sus manos un poder absoluto, verdadera autocracia sin el nombre: llega á obtener los honores del culto por parte de un senado, de una aristocracia y de un pueblo, á quienes ha enloquecido el entusiasmo de las victorias y domina el vértigo de la adulacion. El período de los triunfos y de las fiestas de Julio César no es un período de grandes obras públicas, de monumentos para lo porvenir. Roma pensaba sólo en lo presente: hubiera querido ser un grano de incienso para ofrecerse en aroma ante la estatua ebúrnea de su ídolo. Templos, teatros, circo, todo lo proyectó y comenzó en sus últimos tiempos aquel hombre extraordinario; pero todo ó casi todo hubo de realizarse bajo la dominacion de su sucesor Augusto, que abarca un período de cincuenta y cinco años, durante el cual la batalla de Azio, la muerte de Antonio y de Cleopatra, la reduccion del Egipto á provincia romana, el impulso de las ideas, y el cumplimiento, sobre todo, de grandes destinos históricos de la humanidad, trajeron la instalacion solemne y definitiva del imperio.

Edad de oro aquélla para las artes, la arquitectura se encargará de trasmitirla á las generaciones venideras. Las renombradas escuelas de Grecia, el clásico Oriente, los tesoros del mundo antiguo vendrán á rendir tributo á la soberana de las naciones. Los estilos y maneras de construccion se agrandarán; los ornatos arquitectónicos adquirirán un lujo y esplendor nunca vistos. El dórico del Partenon si no es sobrepujado en la belleza será excedido en la calidad de los materiales y en la profusion de los adornos: desde la tímida aparicion de este órden en el sarcófago de Scipion Barbato en el templo de Matuta ó en el sepulcro de Bibulo, se ha recorrido ya toda la senda del arte y del buen gusto hasta llegar al primer órden de los pórticos del teatro de Marcelo, que aún podemos admirar en la plaza Montanara: en el segundo órden de los mismos pórticos queda vestigio del jónico, que en el templo de la Esperanza y de la Piedad habia hecho, puede decirse, su primera aparicion en Roma. El corintio, en su manifestacion más pura y bella, escogió las termas de Agrippa, y tomó forma en el Panteon para ser el asombro y el encanto de las edades futuras.

Pero el genio romano en aquella hora de supremo poder, de casi universal señorío, no podia contenerse en los límites trazados por otra nacion alguna: adoptó el arte griego, como era inevitable desde el momento en que anhelaba rendir culto á la belleza; pero lo modificó á veces para ennoblecerlo y exaltarlo más y más; á veces para deslustrarlo y conducirlo á vias de deplorable amaneramiento. Añadió al órden jónico volutas angulares, que en Atenas no tuvo; alargó el capitel corintio desfigurándolo, con perjuicio acaso de la ley estética de las proporciones; al corintio embellecido y cuasi recargado sobrepuso el capitel jónico, verdadera aparicion del órden compuesto. Fué preferida á la base ática, sencilla, la base corintia; el dórico, que en Grecia no habia tenido base, la tuvo en Roma; las hojas, las ramas, los adornos, de que fué tan sóbria la arquitectura clásica del siglo de Pericles, empezaron á apoderarse de la arquitectura romana; y si en el siglo mismo de Augusto hubo ya de notarse esta exageracion, creciendo en el de Tiberio y en el de Neron, llegará á determinar un verdadero defecto, una

reconocida decadencia en el período de los Flavios; y aunque una nueva edad de oro para la arquitectura resurgirá con el insigne español Trajano, pronto el mal gusto volverá á aparecer bajo los Antoninos, y dominar bajo Severo y Caracalla, llevando su influencia hasta el imperio de Constantino.

IV.

La ciudad de tierra en tiempo de los reyes y en los primeros siglos de la república, de ladrillo y piedra en los últimos, será una ciudad de mármol, aún antes de espirar Augusto.

Á la época imperial se refieren, pues, las grandes obras de la Roma antigua, los monumentos más insignes del arte de la construcción, cuyos vestigios son todavía orgullo y gala de la Roma moderna. Hacer en este capítulo la descripción, siquiera rápida, de las obras monumentales y de las ruinas imponentes, que aún conservan escrito entre sus piedras ennegrecidas el nombre de algún emperador romano, fuera absorber en una consideración como incidental noticias y recuerdos que, en su mayor parte, merecen artículo separado y ser objeto de especial visita.

Mas por lo que importa á la tesis que en estas pocas páginas se desarrolla, que no es otra sino la conformidad de la historia social del gran pueblo con la historia artística de sus monumentos, no podemos prescindir de indicar, como en sumario, cuáles son y á quién corresponden las páginas, que para hacer este interesantísimo estudio, se conservan todavía escritas en los muros ó en las plazas, en las calles ó en las ruinas de la ciudad del Tiber.

El acueducto del agua virgen (agua Julia), con su magnífico arco monumental sobre la vía Tiburtina, y su grandiosa fuente sobre el Esquilino; las termas de Agrippa, y en su recinto el Panteón, modelo de majestad y de hermosura; el templo de Júpiter tonante, en el clivo capitolino, cumplimiento

de un voto hecho en España por Augusto; el pórtico de Octavia, que encerraba en su recinto templos, columnas, estatuas y gran parte de los despojos artísticos de la Grecia; el teatro de Marcelo con su doble orden dórico y jónico, modelos todavía de perfección; el arco de Druso sobre la vía Appia y el Mausoleo del primer emperador, entre la vía Flaminia y la orilla del Tiber, son los monumentos, con fecha cierta, pertenecientes á la época de Augusto. Roma domina ya por todas partes: el Oriente y el Occidente le rinden homenaje: las artes vienen cautivas á embellecer la mansión del pueblo-rey. Cuanto habían soñado Nínive y Babilonia, cuanto habían realizado Méμφis y Alejandría, cuanto había producido la culta Atenas, todo se reúne y condensa en la Roma de los emperadores. El mundo, como fatigado de tanta lucha y de tan horribles convulsiones, reposa del uno al otro confín, cumpliéndose de esta suerte en el reinado pacífico, la santa profecía del anciano Jacob al extender sus manos trémulas sobre la cabeza de Judáh.

En tanto que allá, en las tranquilas regiones de la pequeña Ephrata, junto á la tumba de Rachel, se verifica el misterio de los siglos y amanece la aurora de un nuevo día cuyos resplandores serán eternos, la Roma imperial convierte á los sentidos y á los placeres de la vida toda aquella actividad maravillosa, aquél caudal de fuerzas, que había traído uno por uno los reinos y los imperios á formar provincias suyas. Las bellas artes y las bellas letras constituyen el encanto de aquel festín universal. Los templos, las estatuas, los circos, los pórticos, los jardines, hacen de la ciudad de las siete colinas una mansión cual jamás pudo soñarla poeta alguno de la antigüedad. ¿Á dónde irán á parar tanta grandeza y tanta hermosura?

Prosigamos en el triste inventario de las ruinas.

¿Qué nos queda hoy de la época de Tiberio? Unas pocas columnas de mármol blanco apoyadas en el muro de la iglesia de Santa María *in Cosmedim*, que sostuvieron á su vez el templo de Ceres y Proserpina; unos fragmentos de las columnas que adornaron el templo de la Concordia, ahora recogidos en el pórtico del museo del Capitolio; del campo Pretoriano (*castra Praetoriana*), verdadero programa estratégico del imperio,

no ya contra los enemigos exteriores, que no los habia, sino contra los interiores, que en breve surgirán, nos queda tan sólo la indicacion de la gran cinta de piedra que lo circunvalaba fuera de la puerta Pía, á la derecha de los muros viejos de la ciudad.

De Claudio nos da testimonio el acueducto que lleva su nombre, con su arco de triunfo sobre la *Via Labicana*, con su magnífico monumento y sus inscripciones, que el tiempo ha respetado. ¿Qué ha sido de las estupendas construcciones de Neron?

Un día en el paroxismo de su vanidad imaginó hacer una Roma nueva y puso fuego á la antigua. De entre los escombros y las cenizas que amontonó aquel insensato surgió la casa áurea como un gigante, que sujeta con sus brazos el Palatino y el Esquilino, y que se extiende al pié de las colinas cual inmensa ciudad, donde los pórticos y las columnas se cuentan por millares; la arquitectura ha llegado á su más alto grado de esplendor; los mármoles, las piedras más preciadas, las estatuas de mayor mérito vienen á hermosear y enriquecer el palacio imperial; andando los siglos saldrán de entre sus ruinas el grupo de Laocoonte y el Meleagro, como en las ruinas de otra residencia de Neron (Anzio) se encontrarán, por ventura, el Guerrero moribundo (gladiador) y el Apolo del Belvedere; pero la casa áurea no sobrevivirá siquiera al imperio: las termas de Tito y otras construcciones borrarán en gran parte aquella página de la soberbia humana; las guerras y los siglos la destruirán por completo; hoy sólo existen húmedos y oscuros subterráneos, donde apenas se descubre algun pálido vestigio de los primores de otros días, alguna muestra de aquellos mosaicos y de aquellas pinturas, que fueron embeleso de los ojos y orgullo de las artes.

Si buscamos en la Roma presente algo que nos recuerde la Roma de los emperadores Flavios, que suceden á Neron, luégo al punto se ofrece á nuestros ojos el Coliseo, testigo irrecusable de toda una época y de una civilizacion entera; la ruina más imponente de la Roma antigua; monumento de ferocidad, donde la mano piadosa de la Roma nueva ha plantado una cruz, que lo convierte en monumento del amor, de la humildad

y de la oracion; verémos algo de las dos hermosas columnas corintias que pertenecieron al foro *Palladium*, así llamado por el templo en honor de Pallas, y el arco de los Pantanos, donde ahora es iglesia de San Quirico y Santa Julieta: admiráremos, por último, el arco magnífico con que el Senado y el pueblo romano honraron al hijo de Vespasiano, vencedor de Jerusalem, de cuyo templo traia á Roma los despojos, realizando sin saberlo una de las más solemnes profecías del Antiguo Testamento.

De Trajano fueron las termas, que despues se llamaron de Tito. En el foro de su nombre se alza la columna monumental donde están esculpidas, como una epopeya, las hazañas de aquel emperador español. Á Adriano pertenece el templo de Vénus y Roma, uno de los mayores que ostentó la ciudad de los Césares: todavía en lo alto de la via Sacra, cerca del Anfiteatro, se descubren los vestigios y señales que sirven para dar idea de la magnificencia de aquel templo, cuya fábrica dirigió el mismo Emperador, amante ardoroso y no infeliz cultivador de las bellas artes: su nombre llevaron, y á su vida y á su muerte se refieren el puente Elio sobre el Tíber (hoy de Sant Angelo), y la gran mole redonda, primer objeto de admiracion para el extranjero que se dirige á San Pedro, monumento insigne con el cual se enlaza la historia de tantas guerras y trastornos, mausoleo revestido de mármoles y estatuas diez y ocho siglos hace, palacio y ciudadela y castillo desde los borrascosos días de la Edad Media hasta el presente.

Si volvemos al pié del Palatino, en aquella via Sacra, llena por todas partes de recuerdos y de ruinas, se nos ofrece un pórtico con doce hermosas columnas de mármol *cippolino*, ante un templo que recuerda los mejores tiempos de la arquitectura, y que un día ornaron los mármoles más preciosos y las más bellas estatuas: todavía en las grandes piedras de su frontispicio están escritos los nombres de Antonino y Faustina: hoy es una iglesia bajo la advocacion de San Lorenzo *in Miranda*.

Del tiempo de Marco Aurelio es la famosa columna erigida en su honor por las victorias alcanzadas contra los Marcomanos y otros pueblos de la Germania: en remotos siglos cons-

tituía el principal ornamento del foro de Antonino Pío; todavía permanece de pié en el mismo sitio, dando nombre á la plaza (Colonna); pero en vez de ostentar sobre su altura de 125 piés la estatua del emperador romano, lleva desde tiempo de Sixto V la estatua en bronce del Apóstol de las gentes.

A la época de Septimio Severo y Caracalla pertenecen, no sólo restauraciones y mejoras de monumentos notables, como el Panteon y el pórtico de Octavio, sino otras obras gigantescas sacadas de cimientos y concluidas con general asombro, que habia de llegar hasta nosotros: tal es el arco triunfal al pié del Capitolio; aquel otro del *Foro Boario*, cuyos decadentes restos sostiene la iglesia de San Jorge *in Vellabro*; el acueducto, y sobre todo las termas de Caracalla, llamadas tambien Antoninianas, que yacen á la falda del Aventino. En aquel campo sombrío, donde hoy no brota una flor ni crece una planta, diez y seis siglos hace se alzaba un edificio de que apénas pueden formar idea las generaciones modernas. Para concebirlo hay que trasladarse á otra civilizaci6n, ó á otro órden de doctrinas y de sentimientos y de costumbres; hay que pensar en aquel imperio, que habia realizado, casi por completo, el sueño de la dominaci6n universal; hay que figurarse aquella Roma, centro de todas las grandezas materiales, asiento y residencia de un pueblo de soberanos; de millares y de centenares de millares de hombres para quienes el trabajo y la modestia eran oprobio, y derecho indisputable los placeres, y así se llega á concebir un monumento como las termas, importaci6n agrandada de la Grecia, esto es, un palacio para la augusta ociosidad del pueblo-rey: una especie de ciudad de mármoles y de jaspes, de tal modo distribuida, que ofrezca á la multitud que la frecuente plácida sombra, baños saludables, espectáculos y juegos, obras de arte, biblioteca, todo lo que pueda contribuir al recreo y al deleite, todo lo que haga, si no más agradables, ménos monótonas las horas de la existencia á organizaciones enervadas, melancólicas y corrompidas. Esto venian á ser las termas en la Roma de los emperadores; con tal objeto se construyeron en su época respectiva las de Agrippa, las de Nerón, las de Tito, las de Trajano, las de Diocleciano y las de

Constantino, sin contar las anejas á casas ó palacios particulares. De todas ellas, las de Diocleciano, que luégo visitaremos, y las de Caracalla, donde nos hallamos, fueron las más suntuosas. Produce asombro el aspecto de sus ruinas: todo un cuerpo del edificio yace bajo tierra; lo que ahora hollamos era el primer piso alto; no es posible, pues, formar idea de los pórticos y peristilos. Los muros que quedan en pié, las bóvedas gigantescas que se sostienen todavía desafiando los siglos y los elementos, los restos de mosaico, de mármoles y de piedras preciosas que de vez en cuando se descubren, como si el tiempo hubiera querido dejarlos para señal de lo que fué: la enormidad de aquellos arcos atrevidos, de aquella sala redonda de ciento once piés, *Aula Solearis*, con la gran bóveda plana de que apénas se da cuenta la ciencia moderna, todo despierta en el alma, pero instantáneamente, recuerdos, impresiones é ideas que con dificultad surgen tan vivos y abundantes á la lectura de volúmenes enteros. Y es que las ruinas,—ciertas ruinas sobre todo,—son libros escritos por una mano invisible, que sin usar palabras, sabe escribir en todos los idiomas y para todas las inteligencias. ¿Qué ha quedado de los soberbios conquistadores que un día paseaban por estas galerías llenas de estatuas y de bustos, enriquecidas con todos los primores del arte griego y romano? Nada. Aquí fué la gran piscina: raudales de agua limpia y trasparente precipitábanse sin cesar en su vasto receptáculo; y entre sus blancas espumas se sumergian los fatigados de la ociosidad, ora haciendo del *Labrum*, en ciertas horas del día, un punto de reuni6n, ora buscando cada cual su *solium* ó gran baño de basalto ó de granito, ya acomodándose en *sella* ó asiento de riquísimo y precioso mármol, como la que se conserva en el gabinete del museo Vaticano.—Aquí fué el salon de la estufa (*Laconicum, Sudatio*), que modificaba la temperatura de las aguas para producir los baños templados ó calientes. Aquí estaba la *Palestra*, lugar descubierto donde los atletas se ejercitaban en la lucha; á la derecha el *Sixtus*, pórtico destinado al mismo fin en los días lluviosos; este espacio á sud-oeste, donde no se perciben las señales de viejas construcciones, era el *Stadium*, área marcada para las

carreras de á pié. Las divisiones de muros, que hácia esta parte se advierten, corresponden á las salas llamadas *Spoliarium*, donde se desnudaban para bañarse ó para luchar; el *Elaothesium* ó *Unctorium*, donde se ungian con bálsamos; el *Conisterium*, donde se enjugaban con arena; el *Corycæum* ó *Sphæristerium*, que hoy diríamos juego de pelota; y el *Ephebeum*, lugar destinado á los ejercicios de los jóvenes. A la izquierda, caminando algunos pasos, están las señales de lo que fué *Porticus*, paseo cubierto, embellecido con variedad de adornos, y lo que fueron las *ambulationes*, verdaderos paseos descubiertos, á que prestaban aroma las flores más delicadas, y encanto los pájaros más hermosos traídos de largas tierras. Aquí estuvieron las salas de conversacion, *scholæ*, cubiertas de jaspes y de piedras de colores, con magníficos mosaicos; aquí las aulas destinadas á discusiones filosóficas y á la lectura amena, *exedrae*; allí fué la biblioteca ó depósito de manuscritos; más allá la *Pinacoteca* ó galería de cuadros, con sus ocho enormes columnas de granito; allí el teatro para juegos escénicos y templos, capaz alguno de contener al Hércules Farnesio. En la parte alta del edificio habia multitud de viviendas destinadas á los varios sirvientes de las termas, *balnearii*, *unctores*, *palestrite*, etc., y á gran número de esclavos y á las centurias de guardias pretorianas, indispensables para mantener el orden en aquel vasto recinto, habitualmente ocupado por millares y millares de personas. Hoy todo es silencio y tristeza y soledad. Por aquellos ámbitos, que escuchaban á la vez el ruido de cien conversaciones, y el estrépito de los aplausos tributados al más valiente ó al más procaz, y el rumor de las aguas traídas por varios y difíciles caminos á formar cascada y fuentes por aquellos ámbitos, que un dia fueron monumento espléndido de un pueblo y de una civilizacion que dieron la ley al mundo, hoy sólo discurre algun que otro viajero, que con su libro en la mano y el pensamiento lleno de confusas reminiscencias, se olvida del libro que en la mano lleva, y lee de corrido en aquel otro libro de las ruinas, escrito con sobrenatural sabiduría en todos los idiomas y para todas las inteligencias. ¿Qué ha quedado, volvemos á preguntar, de aquellas termas donde podian

bañarse á la vez mil y seiscientos ciudadanos romanos, y de aquellas salas y de aquellos pórticos y de aquellas escaleras y de tantos mosaicos, y de tan bellas estatuas y de tan ruidosos espectáculos? Las grandes bóvedas que desafiaban al cielo se desplomaron; las escaleras y los muros de jaspe y mármol y oro se destruyeron; las estatuas y objetos de arte, con excepcion de muy pocos, ya no existen; las músicas y los cánticos, y el discutir de los sabios, y el recitar y leer de los poetas, ya no resuenan; entre las zanjas y los barrancos, que las aguas y el tiempo y las excavaciones arqueológicas han hecho, se descubren á cada paso fragmentos de columnas y de capiteles, vestigios de la antigua fábrica, últimos restos de una grandeza que, como era material, ha perecido con la materia; el ruido del cerrojo, que un pobre guarda descorre para dar entrada al viajero visitador, es el único ruido que de vez en cuando interrumpe el silencio de aquella vasta soledad. ¡Fenómeno singular! Todos los monumentos de la Roma antigua, que el catolicismo no ha conservado, todos han perecido. No era posible que los papas acudieran siempre á levantar una iglesia ó un convento allí donde se caia un templo pagano, ó se desmoronaban unas termas; y cuando los papas no han podido acudir, las termas ó el templo han venido al suelo, sin que los esfuerzos individuales den con frecuencia grandes muestras de interesarse por la conservacion de preciosidades históricas y arqueológicas que Roma, cual ningun otro pueblo, contiene. Las vicisitudes por que la ciudad eterna pasó en los siglos medios; la permanencia temporal de la Santa Sede en Avignon; el gran cisma de Occidente, y despues, las guerras y saqueos que en más de una ocasion la affigieron, por necesidad habian de influir en el deterioro y pérdida de una buena parte de los monumentos cuidadosamente guardados, aún en los siglos en que ningun otro pueblo de Europa sabia respetar los preciosos restos de la antigüedad. A partir de Nicolas V, y de la época en que van apareciendo reconstruidas las grandes sociedades europeas, y como repuestas de inmensos infortunios y de hondas tribulaciones, las ciencias y las artes se desenvuelven y florecen y fructifican á la sombra del principio civilizador que la